

mera narración histórica de lo acontecido, a mera exégesis de textos, sino que haya tenido presente la dimensión especulativa del tema en sí mismo. En este sentido, son particularmente interesantes sus referencias a la cristología de Santo Tomás de Aquino, mostrando la coherencia de los desarrollos que tienen en el Doctor Común un momento de singular esplendor. Particularmente interesantes resultan las comparaciones hechas a pie de página entre planteamientos actuales, como, por ejemplo, el de Kasper, y los enfoques de esta misma cuestión en los diversos autores estudiados.

El libro concluye con un *Epílogo* en que se describe someramente la doctrina del Concilio de Letrán y la santa muerte de Martín I y Máximo. "Así —concluye M. J. Le Guillou en el *Prólogo*— el martirio de Martín I y de Máximo muestra de manera particularmente bella cuál es la verdadera lógica del dogma en la Iglesia; es una lógica de amor, la lógica del testimonio rendido a la Verdad hasta el don de la propia vida" (p. 13).

LUCAS F. MATEO-SECO

G. L. PRESTIGE, *Dios en el pensamiento de los Padres* (título original: *God in Patristic Thought*), trad. de S. Castro y revisión de N. Silanes, Salamanca, Ed. Secretariado Trinitario ("Koinonia", n. 5), 1977, 316 pp., 14 × 21.

El Secretariado Trinitario, junto a otras actividades, se ha dedicado a la publicación de obras importantes de la literatura religiosa no católica traducidas al castellano. En las solapas del libro de Prestige leemos que se han publicado en la Colección *Koinonia* (ya el nombre es un programa) algunas obras importantes y que otras están en preparación. Sin quitar mérito a los otros autores representados en la colección, sin embargo, hay que decir que el libro que recensamos destaca entre todos. *God in Patristic Thought*, éste es su título original, es en efecto un clásico entre los libros de patrología escritos por autores ingleses. Como bien aclara A. Hamann, en el breve pero sabroso prólogo del libro, Prestige es una figura notable entre los patrólogos anglicanos de este siglo (comprable, añadimos nosotros, con H. Chadwick, G. W. H. Lampe, N. D. Kelly y el ya bien conocido Ramsey que precisamente hace dos años recibió en Salamanca el doctorado *honoris causa*), que vivió entre 1889 y 1955 y cuyas obras más conocidas son, aparte de *God in Patristic Thought*, que es su obra más lograda, *Fathers and Heretics* y *St. Basil the Great and Apollinaris of Laodicea*. La primera edición de *God in Patristic Thought* es de 1936, es decir, el libro tiene más de cuarenta años (y cuarenta años suelen pesar mucho

en patología); tuvo una segunda edición aumentada en 1952 y varias reediciones, hasta una última inglesa de 1975. La traducción española llega después de la francesa (1955) y de la italiana (1969). A pesar de todo el libro ha mantenido su actualidad, aunque el sistema de citas de Prestige —usual en la literatura inglesa sobre el tema— no facilita el trabajo de investigación. Muy oportuno resulta en este sentido el índice de “Citas Patrísticas” que da las referencias completas de los autores citados en base a las ediciones críticas. Sin embargo, en este índice que constituye una buena “actualización” de la obra, no aparecen los textos patrísticos publicados en el *Corpus Christianorum*, Series Latina, ni en otras colecciones que no sean el CSEL, el GCS y las *Patrologiae* de Migne (por ejemplo, ¿no se cita PLS del mismo Hamann!); resulta un poco extraña esta preferencia, ¿será posible subsanar este pequeño defecto en las nuevas ediciones?

Poco más se puede decir de la edición del Secretariado Trinitario, sino resaltar su excelente presentación gráfica y su oportunidad. En cambio, sí puede ser interesante exponer algo del contenido del libro (no todo, porque esto equivaldría a copiarlo y, francamente, no queremos someter al lector a la doble tarea de leer una recensión muy extensa para después leer el libro mismo) y enjuiciar el método adoptado por Prestige, así como algunas de sus conclusiones. Procuraremos ser sobrios al máximo, remitiendo al lector, ya desde ahora, a un futuro boletín para lo que se refiere a las cuestiones teológicas de fondo que plantea el *modus* de Prestige y el pensamiento patrístico en general. En efecto, entendemos que escuchar una voz cualificada como la del profesor anglicano, respaldada por años de estudio y de investigación, y que además viene de otra área cultural y religiosa, vale el tiempo que se le dedique.

El contenido del libro, cosa sorprendente en el caso de un autor inglés, no responde a su título. En primer lugar porque Prestige no estudia propiamente a Dios *quo talis* en el pensamiento de los Padres, sino que estudia el uso de algunos *términos* teológicos para referirse a la Trinidad y a la sustancia divina. En segundo lugar porque Prestige no estudia *todos* los Padres, sino que se limita a los Padres Apostólicos, a los Apologistas (incluyendo a Tertuliano) y a los Padres griegos principales posteriores al siglo III. Quedan así ignorados escritores tan importantes como Novaciano, Gregorio de Elvira, S. Hilario, S. Ambrosio, S. Jerónimo, S. Agustín, S. León Magno y S. Cesáreo de Arles.

En realidad esta última dificultad tiene una explicación muy evidente: es prácticamente imposible reunir en una obra monográfica todo lo que han dicho los Padres a propósito de la Santísima Trinidad, si se quiere hacer una investigación original y a fondo. Si se quiere abarcar un período amplio de tiempo, en efecto, no queda más remedio que resumir estudios ya existentes de otros autores. De todos modos Prestige consigue dar una idea suficientemente completa del pen-

samiento patrístico en general y creemos que su visión es muy trabajada y meditada en el caso de los autores orientales. Algunas conclusiones de Prestige, por otro lado, no nos parecen muy justificadas, quizá por apoyarse demasiado en determinados "lugares comunes", y las señalaremos más adelante.

Mucho más importante es la primera de las limitaciones que hemos señalado. Prestige, en efecto, publicó su monografía utilizando los datos que había reunido al preparar, por encargo de C. H. Turner, algunas voces del que fuera, muchos años después, el *Patristic Greek Lexicon*. Con lo cual, aunque se nota que el Autor amplió y reelaboró su material, los capítulos del libro tienen un esquema, un enfoque y un modo de decir propios de un trabajo de filología más que de teología. Creemos que esta tensión entre el proyecto inicial (estudio del empleo de palabras concretas, como por ejemplo, Θεός, πνεῦμα, μορφή, οἰκονομία, τριάς, πρόσωπον, etc. y la perspectiva sobrevenida (estudio del desarrollo del dogma en su globalidad) constituye el límite más serio del libro. Prestige no consigue siempre salir de la maraña filológica para detectar una "idea" teológica: podríamos decir que se queda, a veces, en las hojas y no ve el bosque. Cabe preguntarse, en efecto —y es un tema que aplazamos para otro escrito—, si el estudio de la utilización gramatical y sintáctica de una palabra como ὁμοούσιος es suficiente para dar una idea completa de lo que el Concilio de Nicea quiso decir cuando la empleó en el Credo. De todos modos el estudio filológico —y, en parte, teológico— de Prestige es bastante equilibrado, profundo y competente. En este sentido, por ejemplo, son francamente interesantes los capítulos iniciales sobre los términos que los Padres utilizan para describir la sustancia divina. Aunque el tema sea colateral, puesto que estos términos no se refieren a la Trinidad, no deja de ser muy notable —y es algo que hace pensar— el que palabras como Θεός, πνεῦμα, μορφή, ἅγιον, ὑπεροχή, apunten unánimemente a la simplicidad, a-sei-dad y trascendencia divinas. Dios se presenta así, ya en un primer acercamiento de tipo filológico y fenomenológico, como el *totalmente-otro*. Está claro entonces que el término οἰκονομία, que Prestige estudia en el cap. 3, no puede ser confundido con la sustancia divina (que es donde desemboca la identificación entre Trinidad "económica" y Trinidad inmanente), sino que indica "el gobierno de las tareas humanas por parte de Dios" (p. 90), sobre todo "la dispensación prometida de la gracia" (p. 91) y, como ejemplo supremo, la Encarnación (p. 93ss). En resumen: una fenomenología equilibrada, es decir de tipo no existencialista, no puede sino reconocer que la trascendencia personal de Dios es un dato fundamental de la Revelación.

La parte especulativamente más consistente de la obra de Prestige está constituida por dos bloques de argumentos. El primero se refiere al tema general del "lenguaje" humano acerca de Dios. El segundo se refiere, más en concreto, a la "estructura conceptual" del dogma tri-

nitario que se apoya en el uso de las palabras οὐσία, ὑπόστασις y πρόσωπον. En cuanto a lo primero, el profesor inglés adopta una postura valiente y explícita: “la razón humana es un instrumento válido para explicar cuanto está implícito en la experiencia humana. El método racional no tiene nada de específicamente helénico, ni menos de pagano, si exceptuamos el hecho de que los griegos tuvieron el privilegio providencial de su descubrimiento y desarrollo. En sí mismo es parte del equipaje con que la naturaleza humana ha sido dotada por Dios, creador de la humanidad”. Con lo cual queda inmediatamente rechazada la hipótesis de Harnack de una “helenización” del Cristianismo, que es —como bien dice el mismo Prestige— un ataque contra el racionalismo cristiano que alimenta prejuicios muy poco liberales (p. 18). Prestige opina en cambio que los Padres utilizaron sin duda elementos (“ideas”) del ambiente cultural que los rodeaba, pero siempre de manera que la idea utilizada “se recortaba para encajarla en la fe cristiana, pero no se condicionó la fe para ajustarla a la nueva condición” (p. 19). El desarrollo de la doctrina es, por lo tanto, siempre respetuoso del dato original. Y, frente a las ideas de Machinnon, que desea una explicación del cristianismo “más histórica y menos metafísica”, Prestige vuelve a repetir que “el mundo es un universo racional y que Dios es Espíritu inteligente”. Lo que, obviamente, autoriza tanto el empleo de un “lenguaje” metafísico para hablar de Dios, como —desde el punto de vista histórico— la legitimidad de las tentativas de los Padres.

Después de una enunciación tan clara y tan alentadora, se desearía encontrar en el libro una demostración positiva de lo afirmado en la introducción: es decir la demostración de la *continuidad* (hechas las oportunas distinciones entre misterio y explicación racional) entre “lenguaje bíblico” (Revelación) y “lenguaje patristico” (especulación). Desgraciadamente Prestige no vuelve sobre el tema, por lo menos de modo explícito. Así que su defensa de la metafísica queda como enunciación de un programa que no tiene su desarrollo. Al contrario, algunas apreciaciones negativas acerca del “formalismo” de los últimos Padres griegos dejan desconcertado al lector. Parece precisamente que la dura crítica a Leoncio de Bizancio, por su oculto “triteísmo”, viene, en el fondo, de un no querer aceptar la aplicación de la filosofía al misterio trinitario más que de la legítima protesta contra el predominio de las cuestiones de escuela sobre la riqueza de contenido del dogma. Lo mismo cabe decir del capítulo 11 (identidad de sustancia), en el cual, a pesar de tantas declaraciones en contra, parece que Prestige vuelve a apoyar la hipótesis de Harnack relativa a un “neoniceísmo”. Precisamente este último tema nos introduce en el segundo bloque de argumentos: la “estructura” de la doctrina trinitaria. En principio, Prestige no comparte las ideas de Harnack. Según el autor inglés no hubo ninguna “reinterpretación” del *homousios* de Nicea, puesto que este término, ya desde la obra de Atanasio, no podía ser interpretado en

sentido monarquiano ni en sentido "samosatense". Atanasio, Hilario y Basilio no presentan fisuras: por lo mismo que el Hijo es consustancial, es distinto del Padre: una cosa no puede ser consustancial consigo misma. Así, por ejemplo, Prestige afirma en pág. 215: "Podemos concluir que, hasta el Concilio de Nicea, *homousios* quería decir "de una sola materia o sustancia"; y en pág. 219: "Pero, al decir esto (eso es empleando el *homousios*), Atanasio deja perfectamente claro que la divinidad plena y absoluta de Cristo implicaba identidad de sustancia con el Padre, y no sólo mera semejanza". Pero, a pesar de todo, como hemos dicho, en el capítulo 11, Prestige hace unas afirmaciones en contraste con lo anterior: en primer lugar, que el sentido de identidad específica del término *homousios* estaba claro sólo para los occidentales y, en segundo lugar, que Basilio nunca fue explícito sobre el tema de la identidad específica. Todo esto le lleva a decir que "la doctrina griega de la Trinidad era fundamentalmente diversa de la de los Latinos, y que el camino emprendido por Agustín no era "demasiado convincente".

Pensamos que estas pequeñas incoherencias en el pensamiento de nuestro Autor se deben al influjo de dos factores que él no consigue encauzar de modo unitario: el respeto a la tradición y a la homogeneidad de la doctrina, por un lado, y la desconfianza hacia la metafísica por otro. Sólo así, por ejemplo, se puede explicar el juicio negativo de pág. 277ss sobre el Concilio de Calcedonia: "El rústico Occidente intervino como maestro en una materia que no había aprendido suficientemente y que realmente no entendía. Bajo la influencia occidental el Concilio de Calcedonia no aportó ninguna contribución positiva sino la de haber delimitado el ámbito de las verdaderas y falsas líneas de búsqueda... eliminó la sicología, evitando así infinitas herejías, pero también pospuso todo avance positivo de la cristología". Nos parece que si Prestige hubiera de verdad entendido el alcance de las formulaciones dogmáticas, que son *verdaderas pero no exhaustivas*, y hubiera entendido el espíritu profundo que anima a la teología escolástica, así como la conexión entre pensamiento espontáneo y metafísica, no hubiera pronunciado estos juicios, que, aunque matizados, no dejan de ser injustos e injustificados. En el fondo, Prestige queda anclado en un pragmatismo filológico que le permite detectar los errores del protestantismo liberal, pero no le permite ver lo positivo y lo estimulante de la teología especulativa.

Si es cierto que se corre el peligro de "formalizar" el misterio, es cierto también que la razón humana, cuando busca pía y sobriamente penetrar en las verdades reveladas, alcanza algún fruto, muchas veces sabroso, de la infinita Verdad de Dios.

En definitiva, el libro de Prestige se presenta como un libro útil e interesante, moderado, equilibrado y serio, pero cuyas limitaciones no se pueden olvidar. Entendemos que será sin duda de bastante provecho a las personas ya expertas en temas patrísticos.

CLAUDIO BASEVI